

Todos los muebles tenían envidia de las pelusas. Ellas no tenían que aguantar los productos de limpieza, ni el húmedo trapo con el que “el ama” limpiaba. Sin embargo, ya hacía mucho tiempo que la aspiradora no limpiaba el suelo de la casa. Esto benefició a todas las pelusas, que poco a poco crearon una gran colonia de suciedad.

Pero un día, la puerta del apartamento se abrió suavemente. Unos tacones negros pisaron el suelo que había estado tanto tiempo sin limpiar, por eso, la mujer que entró, gritó con un tono irritante: “¿Tanto tiempo me he ido de vacaciones?”

En ese momento todas las pelusas se acurrucaron en el rincón más oscuro que encontraron. La mujer anduvo por el pasillo que cruzaba la casa y entró en la cocina, donde se encontraban los productos de limpieza. Todos los muebles se esperaban lo peor, y ya susurraban entre ellos: “el ama llega, el ama llega”

Las pelusas estaban también muy asustadas. Siempre que oían el sonido del tubo de la aspiradora arrastrándose por el suelo, se volvían histéricas, hasta que en un determinado momento se veían obligadas a callarse. Ellas también se avisaban: “¡Qué viene el monstruo!”- decían.

“El ama” ya estaba en el baño. Había quedado reluciente. Todos sentían pena por los que habían sido limpiados. Ahora era el turno de los muebles: estos eran aparentemente viejos, de un tono marrón castaño, y con dibujos de flores beige. Pero posiblemente, estos colores eran el resultado de muchos años de desgaste de la pintura. Las rodillas del ama se flexionaron, y su cuerpo fue bajando paulatinamente.

En ese momento, un cilindro cuyo interior no tenía fondo, se asomó bajo el mueble de la entrada, y empezó a aspirar a todas y cada una de las pelusas que allí había. Las pocas que consiguieron agarrarse a las patas del mueble, fueron también aspiradas en una segunda ronda de limpieza.

Estaban alborotadas. Mientras pasaban por el tubo, se chocaban, se enredaban, y todas alcanzaron un estado de mal humor. Llegaron a un sitio amplio, donde cabían perfectamente, sin embargo era sombrío y muy poco acogedor. Tras no mucho tiempo, todas estaban tranquilas al fin. Dentro de la aspiradora no solo había pelusas; algunos pequeños insectos también estaban aturdidos y aterrorizados. Se hizo un silencio absoluto, pero fuera, se oía como el ama rociaba con sprays de suelo a techo, todo los rincones de la casa.

Las pelusas, que entre ellas eran optimistas, pero que sabían que no podían estar en peor situación, habían dormido unos cuarenta minutos, hasta que se despertaron encontrando nuevas amigas en el interior de la aspiradora. De repente, la luz del día alumbró a todo lo que había tragado la aspiradora. Las pelusas sentían un tambaleo muy

desagradable. Cuando se quisieron dar cuenta, estaban boca-abajo para caer en la basura, o como la llamaban ellas: “la Perdición”.

Todas empezaron a caer suave pero trágicamente. Todas se despedían de las demás en su lenta caída de pluma hacia la basura, pero, afortunadamente, una de ellas, chocó con el borde y cayó fuera de la basura. Las que la vieron, sintieron celos, ya que sabían que ella tenía posibilidades de salvarse.

Ella era la pelusa Flo. Cuando nació ya era muy grande, y siempre le habían dicho que tenía la suciedad de su abuelo. Y aunque ya no era una pelusa bebé, seguía comportándose como tal a menudo.

Entonces, Flo se ocultó detrás del cubilete rápidamente antes de que le viese el ama. Esta se fue, y la única pelusa que quedó se aseguró de que no iba a volver en un rato. Empezó a moverse ágil y rápidamente, como desplazándose sobre una nube, teniendo cuidado de no llamar la atención. Logró alcanzar la alfombra, un gran bosque de lana. Lo recorrió hasta que consiguió salir de él. Fue ahí cuando empezó a oír los pasos del ama, y sin pensárselo dos veces, se metió en su habitación.

Allí se sentía segura. Empezó a curiosear un poco. Este lugar estaba prohibido para las pelusas, pero en realidad Flo, nunca entendió el porqué. Era un sitio de leyendas, incluso se usaba para asustar a las pelusas bebé, diciéndoles que allí había un monstruo peludo que si en un momento te descuidabas te aspiraba sin piedad.

Mientras Flo pensaba lo estúpida que era la historia que le aterró de pequeña, empezó a sentir un cálido aliento en su espalda. Creyó que sería una brisa de viento, pero en realidad, era mucho peor: el monstruo peludo, el gato.

La leyenda era más que cierta, y ahora entendía perfectamente por qué les estaba prohibido entrar allí. Flo corrió como nunca lo había hecho; intentó subir a un mueble, pero no pudo; intentó meterse en el armario, pero tampoco fue capaz, y en ese momento pensó en lo que tenía una pelusa, y no tenía un gato: pequeñez.

Las zarpas del felino rozaban uno de los hilos mugrientos que formaba a Flo, pero justo a tiempo, consiguió meterse bajo una cómoda que estaba al lado de la cama. El gato no paraba de meter la pata bajo el mueble y de dar vueltas por la habitación esperando a que Flo saliese; nuestra pelusa no sabía qué hacer. La puerta se había entornado hasta el punto en el que solo una pelusa podía salir de ella. Si corría lo suficiente como para llegar antes que el gato, conseguiría huir y salvarse de él.

Se dispuso a ello: sacudió su cuerpo, y fijó la vista en su objetivo. Salió del mueble con la carrerilla más rápida que pudo alcanzar. Sin parar, Flo logró salir de la habitación de “el ama” sin daños. Miró hacia atrás, y vio como el gato se había dormido: no un gran reto, al fin y al cabo.

Pero ahora ¿qué iba a hacer? Allí no estaba segura, ahora que “el ama” había vuelto, limpiaría cada día cada rincón del hogar. Por eso, se tenía que ir de la casa, la casa en la que sus padres y toda su familia le habían ensuciado.

No tardó mucho Flo en llegar donde antes vivía y ver lo poco que quedaba allí: pequeños papeles que se habían quedado enganchados en el rodapié, un trozo de chicle pegado a la tarima, que era la mascota de la colonia, y un trozo de algodón adherido al chicle que era el lugar donde Flo dormía todas las noches. Se llevaba de allí poca felicidad, pero mucha nostalgia; para ella era lo que al fin y al cabo importaba, sabía que todo esto iba a pasar. Lo que no pensaba era que ella sobreviviría a todo esto. Al menos según su familia, las pelusas fallecidas eran conducidas al paraíso, llamado vulgarmente vertedero.

Después de un paseo largo, ya tenía delante la muralla que separaba el mundo real, de su hogar. No sabía si cruzarlo, era posiblemente la decisión más difícil de su vida. Pero cuando menos se lo esperaba, la puerta se abrió de golpe, y una gélida brisa de viento invadió la casa y levantó a Flo por los aires, llevándola hasta el ventanal abierto que iluminaba todo el salón. No podía hacer nada.

Se limitaba a gritar con la esperanza de que algo la detuviese, pero al ver la grandeza y maravilla del mundo exterior, cesaron sus llantos y se quedó boquiabierta. Había un montón de personas, un alboroto enorme, e innumerables columnas de humo que surgían de largas chimeneas construidas con ladrillo. Flo atravesó una de ellas, y su color pasó de ser un gris apagado a un negro intenso.

El viento le enseñaba la ciudad mientras la empujaba con fuerza. Para Flo cada cosa que pasaba en la calle, era un misterio: ¿por qué la gente andaba de la mano por la calle, cómo iban montados en esos aparatos con ruedas, de dónde sacaban tanta ropa...?

Sin embargo todos estos pensamientos dejaron de surgir en su cabeza cuando vio un cubo como el de su antiguo hogar, el cubo en el que “el ama” había tirado a sus amigas y a su familia entera. Se equivocaba al pensar que yéndose de casa estaría a salvo. Al contrario, en la calle, había millares de basuras y contenedores más.

Flo iba mirando cada rincón de la ciudad en la que veía una basura, y tal era el desprecio que sentía al hacerlo, que no se fijó en que se dirigía hacia las afueras de la ciudad. Se alegró al ver que allí no había ningún cubo en el que tirar la basura.

Comenzó a descender hasta que tocó con sus pies el suelo, un suelo metálico y frío. Tras varios minutos de despiste, Flo fue consciente de que había aterrizado sobre una pieza de coche, que a su vez, se situaba en la cima de una gran montaña de chatarra. Al asomarse para ver lo que había debajo suya Flo tropezó y empezó a dar vueltas y vueltas hasta que en un momento frenó ya en terreno arenoso.

Después de reincorporarse, los ojos de la pelusa se encontraron con unos que a ella le parecían muy familiares, los de su familia. Se habían reencontrado finalmente en el vertedero, bueno, en el paraíso para ellas.

Flo nunca pensó que existiese un sitio como aquel.

Ya no tendrían que preocuparse por ningún monstruo peludo, ni tampoco por “el ama”, quien a fin de cuentas, les había hecho un favor.

Por fin se sentía bien. Por fin estaba en casa.

FIN